

¡Por nuestras claras, límpidas noches,  
por las noches de los rápidos corredores,  
por el hermoso batir de la selva, la vista  
de largo alcance, por la buena caza,  
por la astucia de resultados certeros!  
¡Por el aroma matinal, que humedece  
el rocío aun no evaporado!

En El libro de las tierras vírgenes, Ruyard Kipling nos presenta a Akela como el líder de la manada de los lobos. Modelo de honor, valentía y justicia. Él fue quien propició que Mowgli fuera aceptado en la manada, esa asociación arquetípica. Akela aceptó al hombre. Nadie hizo jamás un gesto tan gentil por la humanidad, como si lo mereciéramos.

Pero ese Akela estaba hecho de tinta y fantasía, y nosotros tuvimos un Akela hecho hombre, un Akela encarnado, y según decían, además de Akela, otros le llamaban Jesús, otros, er Mato. Y cuando digo nosotros me refiero a una masa informe de niños y niñas desarrapados, churretosos, rabiosamente felices. Como la tribu de El señor de las moscas, pero sin infantes tiranos. Mónica, Bea, Francisco Javier, Teresita, Felipe, Fernando, la manada gaditana de Seeone.

Sí, nosotros tuvimos un Akela al que otros llamaban Jesús. Un Akela que tenía lo mejor de el de el libro, pero que lo rebosaba, que lo trascendía, porque nuestro Akela, con su sola presencia, con su solo estar, nos trasmitía entusiasmo, nos sugería posibilidades de juego, nos hacía cosquillas con carcajadas. Las odiadas canciones y ceremonias se convertían con Akela, en una invitación para la travesura creativa, una primera iluminación de la ironía. Aquel campamento eterno en Gredos. Nuestro Akela joven y socarrón, travieso como el primero, fabulador de juegos y melodías. Algunos soñábamos en el ábside de la descolorida tienda de campaña, con ser como nuestro Akela cuando llegara eso de ser mayor.

Qué humana torpeza esta de contraer deudas de las que uno solo es consciente cuando ya no puede saldarlas. Aquellos niños felices y diversos, no alcanzan ni siquiera ahora a comprender cuánto le deben a su Akela, y a aquella camada de lobos que le acompañaban. Tini, Piru, Pedro, Potola, Juande, fueron, quizás sin saberlo, mentores de un grupo de niños que como inconscientes discípulos fuimos aprendiendo el amor y el respeto - disculpen las reiteración- por la naturaleza, la poderosa humildad que nos infunda, el tratar de ser virtuosos en cada cosa que hiciéramos, desde atar dos troncos hasta tratar al prójimo, la predilección por la aventura como antídoto contra el miedo, la emoción ante el paisaje como una ética de la gratitud, dejar el lugar por el que se pasa mejor tras la partida, la solidaridad y el honor como normas de nuestra selva. Y el humor, esa elegancia sublime del intelecto, truco infinito para darle sentido a este sinsentido que es vivir. Jesús, Akela, y sus lobos fraternos, nos regalaron la posibilidad de ser lo mejor de nosotros mismos.

Con el paso del tiempo, en aquella manada de lobatos cada uno fue explorando sus propias tierras vírgenes, formando sus propias manadas o caminando solitarios, con Baloo, Bagheera y Kaa en el corazón, evitando a los Shere Khan de la vida. Lobeznos dignos de su Akela, que luego se nos convirtió ya en Jesús, al que nos lo fuimos encontrando a lo largo de los años en esquinas y laboratorios, en aulas y escenarios, pero él seguía siendo nuestro Akela.

Parece ser que Kipling eligió este nombre porque en hindi significaba “solitario”, Akela, el lobo solitario. Pero, curiosamente, esto fue lo único en lo que nuestro Akela jamás le hizo honor a su nombre. Porque si algo fue nuestro Akela fue un reactor de humanidad, de niños, de adolescentes, de adultos, un súperconductor de curiosidad, alegría y conocimiento, un carnaval de gases nobles, una tabla periódica de cuplés, un popurrí de lecciones y experimentos.

Así te imaginaremos siempre, en las praderas donde nunca acaba el verde, rodeado de gente, haciendo saber, haciendo reír, haciendo amar.

Por ti, Akela, eternamente lobatos.